

“... Treinta y seis años de una vida intentando encajar en una sociedad llena de prejuicios resultaba cada vez más complicado, esperar constantemente a que el día de mañana sea distinto, brille con una luz diferente, estaba apagando la mía propia.

Ya no sé muy bien quien soy, y la esencia se me escapa evaporándose en el odio que me rodea en cuanto me atrevo a sacarla fuera.

Mi alma me insta a confiar en las personas, en la evolución de la mente de éstas basándose en el corazón, en la verdad, en el cariño, pero la experiencia me repite una y otra vez dentro, que quien espera desespera, que es mejor no esperar nada de nadie, de este modo el corazón se quebrará menos,
y el mío está repegado,
y no sé cuánto tiempo resistirá...”

I. TODO VUELVE

Por fin había terminado el día, necesitaba cerrar los ojos y dejar de pensar, relajar los engranajes que apretaban, cada vez con más fuerza, mi mente, necesitaba quedarme en blanco, aunque fuese tan solo por un instante, durante un segundo poder vaciarlo todo, y permanecer inmóvil en la nada, dejando pasar el tiempo, observando cómo los demás avanzaban mientras yo permanecía quieta, parada, inactiva, sólo el movimiento rítmico de mis pulmones movía levemente mi pecho, y los párpados de vez en cuando caían por inercia para volver a abrirse. Intenté caer en ese sosiego sin lograrlo.

—Pero, ¿cómo se ha atrevido a llamar después de ocho años sin contacto alguno? —busqué ansiosa la respuesta en el aire, y al no hallarla terminé por contestarme a mí misma—, simplemente ¡porque le ha entrado de repente una cierta curiosidad incómoda que le ha hecho actuar! —moví la cabeza de un lado a otro incrédula, desaprobando totalmente lo que Alex había hecho.

—Egoísta —susurré a las miles de motitas que flotaban en el aire observándome impasibles—, ¡quiere saber cómo me va! —salieron solas las palabras indignadas de mi boca, aceleradas todas, apremiándose las unas a las otras—, ¡pues que se lo imagine!, que desde luego inventiva le sobra.

No soportaba a las personas irresponsables que no asumían las consecuencias de sus propios actos, que por saciar su molesto sentimiento de culpa instigaban de nuevo al que tenían enfrente, al que en su día hicieron llorar obviando cómo le afectarían hoy.

—Imposible parar un segundo —suspiré desistiendo de mi intento a la momentánea y, tan ansiada, inactividad mental. Me levanté de la cama retirando el suave edredón que cubría mi cuerpo protegiéndolo del exterior, dejándole espacio para la huida, cuando de un salto y sin control alguno sobre mis extremidades inferiores me vi ubicada, casi transportada por arte de magia a la sala de estar, encendí la luz con mi mano izquierda sin haberle dado permiso, y mis ojos se cegaron de repente pero no se cerraron; ¡cabezota como siempre!; me recriminó la parte de mi consciencia más precavida, permanecían abiertos con una gran bola de luz en el centro de mi visión, un blanco puro y fulminante que me hizo daño seguro, pero que obvié, comencé a andar sin ver lo que había delante, aunque mi maravilloso instinto creativo estaba emitiendo una imagen calcada de lo que era mi salón, así que me guié por la improvisada diapositiva.

Abandonándome a mi intuición dejé de insistir en el esfuerzo sobrehumano que suponía el no pensar en lo que había ocurrido durante todo el día, me permití ser sincera conmigo misma, dejarme llevar.

Recobré, entonces, el enfoque justo cuando me encontraba delante de la estantería principal de la estancia, y mis movimientos autóctonos se dirigieron solos hacia uno de los cajones inferiores del mueble. Ahí guardaba los álbumes, dudé antes de continuar buscando las fotos que celosamente conservaba de mi pasado, de hace diez años cuando la sonrisa era permanente en mi rostro, y se reflejaba en él la alegría que transmitía el brillo cristalino, ahora más opaco, de mis ojos. Mis labios se invirtieron inmediatamente al abrir el cajón.

Pasé el resto de la noche en vela, analizando cada imagen, cada rostro, cada sentimiento, que se desprendían solos de las fotos embriagando la sala de una fragancia suave y acaramelada, dulce, familiar, me recordaba un poco al olor de los lápices de colores de madera al que olía el aula de quinto de EGB y que tanto me gustaba, me devolvía a mi infancia, mi niñez, cuando todo era bonito y la palabra preocupación no formaba parte de mi vocabulario, cuando lo más urgente que se debía hacer era vivir el momento al máximo, absorber el presente. Aspiré hondo, todo lo profundo que me permitía mi escasa capacidad pulmonar, y me llené del ayer agarrándome fuerte a su mano, y aferrándose a la mía, sin percatarme, me encadenó de nuevo.

Flashes intermitentes coparon mi cabeza, recuerdos que escondidos volvieron a resurgir tan intensos como el primer día. Volví a escuchar los latidos de mi corazón.